



La función modelizante de la realidad en la narrativa de Roberto Rubiano Vargas: un estudio a partir de la teoría de la ficción literaria

Elizabeth Pinilla Duarte
Universidad Antonio Nariño
abrilduarte@yahoo.com.ar
Adriana Yamile Suárez Reina
Universidad Antonio Nariño
aysuarezr@gmail.com

Resumen

Esta ponencia plantea un estudio desde la teoría de la ficción literaria para realizar una aproximación a la narrativa de Roberto Rubiano Vargas. En primera instancia, se realiza una aproximación a la discusión sobre la existencia de mundos posibles en la literatura, en particular, se debate sobre la posición de Umberto Eco la cual se distiende sobre la duda acerca del estatus ontológico de los universos textuales literarios. En segundo lugar, abordamos la cuestión de porqué la literatura de Rubiano Vargas, a pesar de que gran parte de ella aborda la violencia, contiene mundos posibles que superan la perspectiva de la *mimesis* y, a su vez, generan excedentes de sentido y de experiencia.

Palabras clave: estatus ontológico - excedente de sentido - modelización - ficción - realidad.

“La versión histórica siempre es la apoteosis
de los triunfadores, mientras la literatura
es la opción de los derrotados”
Juan Ramón Galves

Uno de los ejes centrales que más se ha manejado en la literatura colombiana, en especial, la que tradicional e institucionalmente se estima como perteneciente al género narrativo, ha sido el que concierne al fenómeno de la violencia: para una parte considerable de nuestros escritores contemporáneos éste es un lugar común que le permite abastecer la sed de novedad con el fin de llenar los vacíos que la realidad constantemente proporciona. Más allá, aunque no se puede culpar directamente la emergencia de estos hechos a escritores, mercenarios y personas del común que

producen y demandan estas obras, puesto que la violencia hace parte, efectivamente, de nuestro trasfondo cultural, tampoco se puede caer en reduccionismos fáciles y aceptar que la literatura se convierta en un escenario en el que convergen informaciones, casi siempre mediatizadas, sobre lo que acontece y, en últimas, sobre el “nosotros”, que se solapa bajo sus productos. Pero, nos preguntamos, ¿dicha literatura proporciona un excedente de sentido, una ampliación de la experiencia?

El autor que nos ocupa, Roberto Rubiano Vargas, si bien es cierto que ha escrito una literatura en la que la violencia funge como un continuo que se proyecta sobre los personajes de sus cuentos, también podemos observar que en éstos la violencia no se presenta como algo extraordinario, dispuesta entre las líneas con fines de promover juicios morales o cierto tipo de emociones como la vergüenza, el miedo, la preocupación, etc., sino que se entiende como una desafortunada propiedad que define “su ser”. Así, la narrativa de Rubiano, de la cual podemos decir que se inscribe en el género de la literatura negra, de cierta forma nos permite confrontar algunos de los cuestionamientos que sobre los límites realidad-ficción se han debatido en el marco de la teoría de la ficción literaria y sobre lo cual queremos reflexionar, puesto que, siendo una propuesta que gira de diversas maneras sobre el tema de la violencia, al mismo tiempo crea un universo autónomo y se mantiene como ficción.

Resulta interesante retomar el debate acerca de los límites entre la realidad o mundo actual y la ficción, discutida por los teóricos de los mundos posibles ficcionales, ya que este problema se ha abordado muy poco en nuestro contexto, y además de modo tangencial, pues, cuando se hace, se privilegia sobremanera todo aquello que se relaciona con la *forma* y se deja de lado algo de carácter más relevante, a saber, el análisis acerca de lo que abre el camino a la vivencia del lector de la ficción literaria. A nuestro modo de ver, lo dicho, sumado a ciertas afirmaciones sobre el lenguaje de la literatura como parasitario o a las exigencias de un lector especial, en palabras de Eco, *un lector modelo*, ayuda a acrecentar el imaginario común sobre la distancia que frente a la literatura podemos tener. En este breve trabajo quisiéramos presentar algunos contraargumentos a ciertos postulados que sobre los mundos posibles de la ficción literaria se han presentado, en particular, aquellos que, y a propósito de las exigencias,

conciernen a modelos que se ajustan a la teoría de la comunicación, en tanto que sugieren el seguimiento de juegos entre lector-obra-autor que se hacen necesarios para acceder a los *mundos incompletos* (Eco: 1999) de un texto literario y, a su vez, fortalecen la posibilidad de hallar el significado de la obra, en tanto que configuran un lector específico. Contrario a esto, pensamos que resulta problemático involucrar el modelo de la comunicación como un medio que permite acceder al universo literario porque, en principio, la literatura no comunica nada o, en otras palabras, dentro de sus fines no se encuentra precisamente el ofrecer significados unívocos acerca de los universos que crea, sino que, por el contrario, aunque esta afirmación se presenta aquí a modo de conjetura, la literatura busca confrontar precisamente lo que asumimos como convencional, entre otros, la comunicación misma.

La noción de mundo posible, proveniente de la lógica modal, se ha vinculado fuertemente en el marco de la teoría literaria al problema de la ficción. Mientras que, a partir de la dirección que toma la semiótica textual, se postula que dichos mundos son el hábitat de los seres de ficción con sus atributos particulares, lo que quiere decir que los personajes, sus propiedades y sus hábitat son producto de los textos; de otro lado, aunque no necesariamente en un sentido opuesto, esta noción se toma no como un atributo o una propiedad de los mundos que contienen los textos literarios, sino como un operador modal que permite verificar la referencia del significado, es decir, todo aquello que ha sido analizado a partir de la semántica formal.. Si bien algunos autores han puesto en duda el estatuto de mundo posible como definitorio de la literatura a la hora de considerar que no se puede hablar de la existencia de los seres de la ficción, por lo menos no desde una consideración ontológica (Eco: 1996, 1999), también se afirma que cada obra es un mundo y lo posible funciona como un operador de accesibilidad, pero, desde una perspectiva mimética, su estatuto ontológico queda en deuda con el mundo actual (Ohmann: 1971). Teniendo en cuenta que la imaginación humana no tiene límites “un mundo es posible en un sistema de realidad si es accesible desde el mundo que ocupa el centro del sistema” (Ryan: 1997:181), es decir que, para no contradecir el principio establecido por Leibniz acerca de la composición lógica de un mundo posible desprovista de contradicciones (citado por Doležel: 81), es imperativo restringir las

dimensiones de la imaginación puesto que la lógica de los mundos depende de la no existencia de "mundos imposibles": dado que la noción de *posible* es sinónimo de *accesible*, es necesario para la construcción de mundos posibles de la ficción una serie de condiciones específicas que son generadas a partir del mundo actual, razón por la cual sólo desde ellas se configurarían dichas series posibles.

Al seguir esta línea de exposición, encontramos que en lo anterior hay una contradicción importante porque, al tiempo que se pone en duda el estado de mundo posible de la ficción en la literatura, cuando se acepta la configuración de dicho estado, ésta debe cumplir ciertos requisitos que, furtivamente, provienen de la teoría de la comunicación. La cuestión es que un mundo posible se debe regir por leyes que informan sobre su orden lógico, pero en la literatura se encuentran contradicciones que hacen improbable una consideración de los universos literarios como definidos por mundos posibles, en principio porque, por ejemplo, desde una perspectiva semántica no se sabe cuál es la relación que con la realidad o el mundo actual se mantiene, si el significado depende de la lógica del mundo actual, es decir, si la obra es una representación o mimesis de un único mundo *verdadero*, o si el significado se establece a partir de la comprensión del significado literal de las frases que se estructuran en los mundos de la ficción literaria y de las inferencias que se realicen sobre el sentido figurado del mismo, en otras palabras, la tensión se encuentra en el intento de analizar el mecanismo que sugiere la constitución del sentido en la relación paradigmática lenguaje-mundo. Son éstos algunos de los problemas que se plantean quienes cuestionan la probabilidad de dotarle de un estatuto ontológico a las obras literarias y trasladar a ellas el concepto lógico de mundo posible: desde la perspectiva semiótica la supuesta incompletud se debe a que no hay suficiente información sobre los seres de la ficción y al lector empírico le corresponde completar la *obra*, lo cual, para Eco por lo menos, remite a una función de colaboración necesaria por parte del lector, pero prevista por la obra, ya que el estatuto ontológico y lógico del texto se escurre entre las líneas y su precariedad viene a ser complementada por la *enciclopedia* cultural del lector, por los signos que la delimitan. No obstante, aquí cabe preguntarse si al lector le interesa cuestionar la existencia de los seres de la ficción o si, como lo propone Garrido (1997),

analizar el problema del acceso al mundo ficcional consiste en otro tipo de problemas que deberían versar, mejor, sobre lo que permite una vivencia de dichos universos y sobre los mecanismos que conllevan a su creación. Más allá, ¿depende esa vivencia de una interpretación, en cierto modo, *adecuada* del texto literario? Para Eco, como el mundo de la ficción se construye a partir de los signos que proporcionan el mundo actual, el lector debe *actualizar* el contenido de las propiedades que definen los textos narrativos: para ello, como lector empírico, debe hacer uso de la *enciclopedia* que la cultura le ha proporcionado, y con la que cuenta el texto, con el fin de establecer un nexo cooperativo que le permita acceder a la interpretación de los mundos del texto narrativo; en palabras suyas "...el texto nos remite, salvo indicaciones en contrario, a la enciclopedia que regula y define el mundo real" (Eco: 1999: 184).

Aquí nos encontramos, en palabras de Antonio Garrido, con *las tesis sobre la accesibilidad a los mundos ficcionales [que] plantean, de un modo u otro, la espinosa cuestión sobre las relaciones ficción-realidad, y en definitiva, el problema de la verdad y la referencia literarias*. En consonancia con otros autores, Eco pone en tela de juicio el estatuto ontológico de los seres de los mundos ficcionales: no se trata de hallar una referencia "verificable" puesto que los seres que amueblan dichos mundos dependen del texto, no de una relación con el mundo y, por tanto no hay un fallo de la referencia pues no hay referencia alguna que verificar; a los seres ficcionales se les nombra y es por ello que su existencia es cuestionable en la medida en que el lector desconoce todo lo no dicho en el texto, así que la pregunta que hacen los semióticos es si el hecho de nombrar equivale a existir. Evidentemente la respuesta es no, pero, más allá de la misma, emerge otra pregunta sobre el problema de la interpretación: ¿si ya no se trata de verificar una referencia, entonces en qué radica la tensión lector-obra? Según la teoría de Umberto Eco, el problema está en que la *enciclopedia* del lector muchas veces no se ajusta a los contenidos de la obra, por lo que hay, esta vez, una incorrección enciclopédica y por lo que, de cierto modo, propone una suerte de procedimiento que el lector empírico sigue, de forma convencional, para forjar el lector modelo. Así, Eco propone un modelo universal de relaciones que dependen de un juego establecido entre lector-enciclopedia-obra.

Se presume, entonces, desde las dos perspectivas mencionadas, que hay un proceso de comunicación que indica un juego en el que el lector se *deja atrapar por la historia* y reconoce el estatuto de verdad de ésta y sus personajes dentro del mundo creado por el autor. Sin embargo, aunque en consonancia con la visión de juego, según Walton, esto no implica que el lector se encuentre en un lugar privilegiado como observador de los hechos -fuera del mundo de ficción-, sino que éste se encuentra dentro de la ficción, la cual se considera como real solamente durante el juego de lectura (citado por Pavel: 1991: 73). De esta manera, no se cuestiona si existe un referente real para los personajes o para los hechos presentados en el discurso literario sino que partiendo de que no existe un isomorfismo entre el mundo real y el mundo de ficción se asume el juego que propone la obra literaria. En la misma línea, Ohmann afirma: "Mi propia defensa [...] reconocería que leer literatura es una forma de juego, y destacaría el hecho de que los mundos de ficción que construimos en ese juego constituyen un juicio sobre nuestro propio mundo real". Según esto es posible afirmar que en la literatura existe un uso particular de los actos de habla ilocutivos, los cuales aunque poseen una serie de reglas (condiciones de felicidad) en el ámbito literario no tienen las consecuencias normales propias de este tipo de habla puesto que se *imita* (una tendencia que ve la ficción literaria desde el concepto de *mímesis*).

Desde esta perspectiva, la literatura implica un uso especial del lenguaje puesto que las propiedades que determinan la realización de actos de habla de tipo ilocutivo no tienen razón de ser en este ámbito. En condiciones normales, los actos ilocutivos poseen unas condiciones de referencia (existencia de un procedimiento reconocido convencionalmente, presencia de las personas y circunstancias adecuadas, apropiación de los sentimientos, pensamientos e intenciones, comportamiento apropiado de las partes involucradas en el acto), aspectos que se violan sistemáticamente en la obra literaria y, por tanto, anulan el acto de habla. En esa medida, y dado que la obra literaria transgrede estos actos, sería irrelevante preguntarse por la propiedad o impropiedad del autor al escribirlos y, aun más, indagar frente a si se remite a un referente desde el mundo de ficción. Según lo anterior, Ohmann considera la fuerza ilocutiva como

mimética: que una obra literaria imita (o refiere) intencionadamente una serie de actos de habla que de hecho no tienen otra forma de existencia (1971:28), allí la noción de mimesis se aplica tanto al lector como al autor, ya que este último imita actos de habla de un hablante imaginado y el primero imita una situación imaginaria que es descrita por el hablante imaginado. El autor imagina otro mundo, pero éste, pese a ser una proyección del mundo real, no implica que deba ser analizado desde las condiciones normales de verdad; allí se debe preguntar no por si estos elementos son verdaderos o no, sino si son apropiados ya que los objetos reales que habitan el mundo posible adoptan una relación implícita dada a partir de las características de ese mundo.

Al vincular a los mundos posibles ficcionales con la comunicación en la medida en que involucran una intervención cognitiva a través de la interpretación de los contenidos, pero sobre todo, porque para salvar las incorrecciones que el sentido figurado contrae en la enciclopedia del lector la obra tiene como fin cognitivo el aumentar dicha enciclopedia, es decir el conocimiento con que cuenta el lector empírico, se entiende que el texto narrativo y los recursos lingüísticos que emplea, en especial la metáfora, cumplen una función cognitiva que trasforman o amplían el marco enciclopédico con el que cuenta el lector. Eco alude a una determinación textual sobre la enciclopedia que es necesaria para concebir los mundos alternativos al actual y, para cuyo resultado, se necesita de una cooperación que es la que permite seguir las reglas del juego de la lectura, en la cual el lector finge que lo que se encuentra en el texto es real. La enciclopedia entonces es susceptible de ser ampliada en el juego y por la literatura, gracias a que ésta proporciona un conocimiento, pero para acceder al mismo debe desentrañarse el significado que quiso dar el autor modelo, es decir, la intencionalidad que subyace a los actos de habla del narrador. Ello se asemeja más a un juego, pero ¿en realidad el lector para acceder a los mundos, finge, hace *como si*?

Uno de los temas tratados por la ficción literaria que podría validar la perspectiva mimética y comunicativa sobre la misma es, precisamente, el de la violencia. Así, en el cuento de Rubiano Vargas "El informe de Galves" encontramos

universos que reviven hechos históricos de la vida colombiana, en este caso, el asesinato del líder político del partido liberal Jorge Eliécer Gaitán, quien era visto como el abanderado de la esperanza de solución de diversas problemáticas que padecía Colombia, y cuya muerte, fechada el 9 de abril de 1948, marca un hito que transforma a Bogotá y al país de un modo inesperado y promueve el desasosiego que ha pervivido durante las siguientes décadas. Posterior a la muerte de Gaitán, el centro del país se vio envuelto en una ola de terror conocida como "El Bogotazo" y que reavivó la guerra entre liberales y conservadores, padecida desde los años 30 del siglo XX, dando lugar al periodo llamado "La Violencia".

Ahora bien, en el "Informe de Galves" Rubiano, aunque vincula el hecho histórico, lo recrea desde una perspectiva policiaca a través de un juego de espejos en el que aparece Edgard Solano, un amante de la literatura que vive de los libros -puesto que se dedica a realizar reseñas de obras y a escribir los guiones de revistas de misterio y que en un hipotético caso quisiera convertirse en escritor- y, Juan Ramón Galves, un periodista que debido a la pasión por las novelas policíacas decide embarcarse en la empresa de realizar una obra de este corte retomando una versión alternativa a los móviles y al hecho material de la muerte de Gaitán. La novela escrita por Galves está acompañada de un misterio que ronda por los lindes de teorías de conspiración, lo cual hace que Solano se interese por develar dichos misterios, al igual que el protagonista de la novela de Galves: un estudiante universitario que tiene el único manuscrito con la versión no oficial sobre la muerte del "caudillo del pueblo".

Rubiano Vargas no sigue paso a paso los hechos históricos pues su objetivo no es presentar a Gaitán ni su muerte, sino a Galves quien hace pervivir lo enmarañado del suceso violento y, específicamente, el terror que lo acompaña al conocer una versión de los hechos, la cual traslada a Solano perpetuando la duda sobre si las elucubraciones de Galves dejaron la ficción e hicieron parte de la realidad. El cuento de Rubiano deja de ser la anécdota del asesinato de Gaitán como hecho histórico y pasa a ser un objeto de reflexión en el relato ya que se reelabora la violencia en la ficción a través de una forma estética.

Ciertamente el fenómeno de la violencia puede considerarse como un producto

de interacciones personales que hacen posible toda una red de sentidos que toman forma en una multiplicidad de discursos a partir de los cuales es posible determinar las relaciones de poder en un contexto social, como también sus tácticas y sus estrategias. Se vincula, por tanto, a la cognición social y a las representaciones que, hasta cierto punto, de ellas se hacen en el lenguaje.

En esa medida, retomar como tema literario la violencia puede darse desde dos miradas: la primera –comunicativa- que implica ejercer una forma de amenaza constante para obtener juicios de valor por parte de los lectores, y la segunda como una mirada atenta pero no exacerbada de estos hechos. La panorámica que Rubiano presenta en su obra, como ya se mencionó anteriormente, no pretende lanzar juicios morales frente a lo narrado, lo cual hace que los hechos violentos no se perciban de una manera escueta y estática, sino que, por el contrario, permiten cuestionar sus límites en relación con lo real y lo ficcional:

“La presencia de los documentos me intimidaba. Era como estar acompañado por serpientes venenosas. Sin embargo, quería encontrar algún indicio que me permitiera saber si estaba volviéndome loco, descubrir la frontera entre la fantasía y la realidad en la historia de Galves” (25)

Pero como aquí nos preguntamos por la relevancia que puede tener un análisis sobre los límites realidad-ficción concentrado en la interpretación posible a partir del excedente de sentido que contienen los mundos de la ficción literaria, es claro que, más allá del significado que se puede atribuir a lo que los textos de Rubiano nos permite confrontar de forma evidente lo que nos ha definido como país, es aún más evidente que esta condición no colma la vivencia que de los mundos del texto puede hacer un lector. En principio, consideramos correcta la alusión de Martínez Bonati acerca de la imposibilidad seguir un juego en la lectura a partir de la regla del *hacer como si* lo que sucede en dichos mundos fuera real. Al respecto, este autor nos dice:

La significación de “fingir” implica un gesto hueco, una ejecución no hecha realmente, una ausencia de logro y resultado, es decir, la falta del efecto propiamente pertinente a la acción fingida. El acto fingido, *por definición*, no puede ser efectivo. (El fingimiento puede ser, como engaño). Esto es: si

solo finjo escribir o narrar, no describo ni narro. Y si no describo ni narro, no puedo crear ni transmitir imágenes de un mundo narradas o descritas. No se ve, pues, cómo el fingir hablar (y el leer el texto como hablar fingido) pueda dar lugar al crear un mundo imaginario *de que se habla* (Martínez-Bonati: 1997: 165)

Así, podemos afirmar que uno de los mayores problemas que ha enfrentado la pregunta acerca de los límites ficción-realidad a partir de propuestas sobre la recepción, es que autores como Eco y gran parte de aquellos que estudian la semántica filosófica se orientan por una necesidad supuesta de encontrar los mecanismos que resuelven la diferencia entre sentido literal y sentido figurado, en la medida en que se considera que la literatura y los recursos literarios que utiliza crean excedentes de sentido, es decir, de significado. Sin embargo, aunque difícilmente se podría negar que esto no suceda, ello no resuelve el problema sobre lo que se produce en el lector en su acercamiento a la ficción. Por ejemplo, si hablamos de la metáfora, es posible que, al final, se entienda lo que quiere decir, pero ¿es esto importante para el lector? En términos de Donald Davidson (1990), lo que hace la metáfora, y nosotras nos aventuramos a afirmar que la literatura en general, es indeterminable porque cuando lo queremos explicar lo hacemos en términos que nacen de otras situaciones. En realidad, también tomamos el riesgo de decir que la literatura se ocupa de aquello que usualmente no hace parte de lo que se *tematiza* claramente en los eventos comunicativos, a saber, se ocupa de aquello que tiene que ver con nuestras creencias y deseos, y modeliza la experiencia que tenemos sobre ellos en el mundo actual, pero no porque hallemos nuevos sentidos *actualizables* al acertar con el sentido oculto de lo que *hay* en la literatura, un supuesto significado codificado, sino porque, en un sentido estético importante, necesitamos *poner en marcha* la imaginación para *interpretar-ampliar* la experiencia. La literatura de Rubiano Vargas, entonces, modeliza la realidad a partir de los universos de discurso que contiene pues hay una conexión pragmática ficción-realidad que se establece por medio de la experiencia de los mundos que se proyectan en sus textos. Los mundos de Rubiano hacen posible una ampliación de la experiencia, y le permiten al lector reconocerse, pero también extrañarse en lugares que se atribuyen con el signo de la violencia y la opacidad pues advierte otras formas que escapan a esos contenidos nominativos y que



hacen parte de un espacio que es inminente narrar.

Bibliografía

- Davidson, D., (1990). De la verdad y de la interpretación, Barcelona: Gedisa.
- Doležel, L., (1997), Mimesis y mundos posibles, En: Garrido, A. (Comp.) (1997), Teorías de la ficción literaria, Madrid, Arco Libros.
- Eco, U., (1999), Lector in fabula, Barcelona, Lumen.
- (1996), Seis paseos por los bosques narrativos, Barcelona, Lumen.
- Garrido, A. (Comp.) (1997), Teorías de la ficción literaria, Madrid, Arco Libros.
- Guzman, G. (2005). La violencia en Colombia. Bogotá, Taurus.
- Iser, W., (1997), La ficcionalización: dimensión antropológica de las ficciones literarias, En: Martínez-Bonati, F., (1997), El acto de escribir ficciones, En: Garrido, A. (Comp.) (1997), Teorías de la ficción literaria, Madrid, Arco Libros.
- Ohmann, R., (1971), Los actos de habla y la definición de la literatura, En: Mayoral, J. A., (1987), (Comp.), Pragmática de la comunicación literaria, Madrid, Arco Libros.
- Pavel, T., (1991), Mundos de ficción, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Rubiano V. R., (1993), El informe de Galves y otros thrillers, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- (1999), Vamos a matar al dragoneante Peláez, Bogotá, Espasa.
- Ryan, M. L., Doležel, L., Mundos posibles y relaciones de accesibilidadL: una tipología semántica de la ficción, En: Garrido, A. (Comp.) (1997), Teorías de la ficción literaria, Madrid, Arco Libros.